

EPÍSTOLA EN INVIERNO  
Horacio Cavallo  
TXT PRÓXIMO, 2/2018

*para Francisco Tomsich*

Francisco, hermano, Jánico alfarero,  
esmerado hacedor, dedos de tiza.  
Pasajero extraviado entre Colonias,  
con ramas en Liubliana y en Jordania  
y raíces al sur del Río Negro.  
Te escribo porque arde en mi memoria  
un museo de polvo que me espera  
y que espera a tu cráneo desplumado.

Ha bajado Saturno en estos días  
dejando el pan amargo, ácido el vino.  
-debí escribirte antes, un otoño  
cuando vivía cerca de aquél cielo-  
Enronqueció mi voz. Rota la cuerda  
he recordado cráneos y pasillos:  
aquél que alguna vez fue de Armonía  
atrás de la mandrágora y las trompas.  
O el plano dibujado por tus letras  
donde Byron paseaba platelmintos  
sobre el cuerpo erizado de Antonieta.

Debí escribirte antes, un verano  
que no estuviera preso de este oficio,  
pero me fui cansando de esperarlos:  
Mecenas, sonatinas y milagros.  
–Encontré una poeta entre las sombras  
que me mantiene vivo con sus versos–  
*En fin, habrás notado que esta epístola*  
*tangencia pormenores de mi estado*  
y esgrime poco a poco una aventura  
de la que fue testigo mi bilioso  
y oscuro corazón ayer de noche.  
No hallé una calavera que tuviera  
rastros reconocibles. ¿Qué ha pasado?  
¿Dónde la turbia frente de Vallejo?  
¿Ese rastro deforme es el de Bacon?  
¿Te acordás si observaste la enredada  
calavera con cuernos que usó El Bosco?

De los ochos salones de tus planos  
solo encontré los muros derrumbados:  
dos kilos del polvillo de los nobles,  
un diente que supuse de Ligeti,  
El clítoris mordido de Alejandra,  
y el carnoso pezón de Mary Shelly.

Aquella viejecita que bramaba  
y a cada hora en punto se iba al suelo  
dejó su calavera de regalo  
para que fuera usada de alcancía.  
Qué atinada mención a los nipones  
que aunque pacientes no lo han sido tanto.  
Deduzco por sus huesos que cansados

de que nadie volviera a rescatarlos  
sacaron su tripera a tomar aire  
abriéndose una zanja en el ombligo  
con el plástico duro de los flashes.

El resto es polvo, piedras, pulgas, nada,  
un paisaje lunar que invita al asma,  
la certeza feroz de que vendremos  
algún día de sol a confundirnos  
con Brahms y con Cervantes y la vieja  
que decidió volverse una alcancía;  
con el tendón del brazo de mi hermana  
las perras de mi abuela, los soldados  
de todas las trincheras –esta arcada  
no es que nazca del polvo, pero nace  
de la última certeza belicista.

La posibilidad existe de que un yonqui  
nos meta en una bolsa y nos esnife  
en algún cafetín cerca del río.  
Él verá aparecer en mis recuerdos  
algunas de las tardes en que fuimos  
felices murmurando en la azotea  
de la calle Cagancha, de la Aduana.  
Oirá sonar bajito una guitarra,  
recordará imponente la ventana  
que daba a Maldonado, mi retrato  
que entonces mostrará la calavera  
como si fuera inverso lo de Dorian.  
Crucificado en tablas de madera  
que fueron de aquél Ícaro que supo  
darte en alas la sombra en el museo

te observará también. Después la nada.

Francisco, hermano, nómada artesano  
*encontrador* de fotos extraviadas,  
se fue haciendo el invierno primavera  
mientras sacaba apuntes de mi suerte  
en este mostrador donde me vuelvo  
con cada madrugada hueso y polvo.

Salud, dice esta mano y te deseo  
un final merecido en la talquera.